guiente y él y Tonet serían sus barqueros. Había que contentar á la gente de Valencia para que la Albufera tuviera siempre nuevos aficionados. Si no ¿qué sería de la gente del lago?

Aquella noche se emborrachó Tonet, y en vez de subir á la habitación de Neleta se quedó roncando junto al hogar. Ninguno de los dos se buscó; parecían huir uno del otro, encontrando cierto alivio en su aislamiento. Temblaban de verse juntos en la habitación. Temían que resucitase el recuerdo de aquel sér que había pasado entre los dos como el lamento de una vida inmediatamente sofocada.

Al día siguiente Tonet volvió á embriagarse. No quería verse á solas con su razón: necesitaba embrutecerla con el alcohol para conservarla muda y dormida.

Llegaban á la taberna nuevas noticias sobre el estado de *Sangonera*. Se moría, sin remedio. Los hombres habían vuelto á sus faenas y las mujeres que entraban en la barraca del vagabundo reconocían la impotencia de sus remedios. Las más viejas explicaban la enfermedad á su modo. Se le había podrido el tapon de alimentos que cerraba la boca de su estómago. No había más que ver cómo se le hinchaba el vientre.

Llegó el médico de Sollana en una de sus visitas semanales y lo llevaron á la barraca de *Sangonera*. El jornalero de la ciencia movió la cabeza negativamente. Nada quedaba que hacer. Era una apendicitis mortal: la consecuencia de un abuso extraordinario que llenaba de asombro al médico. Y por el pueblo repetían lo de la apendicitis, recreándose las mujeres en pronunciar una palabra tan extraña para ellas.

El vicario don Miguel creyó llegado el momento de entrar en la barraca de aquel renegado. Nadie como él sabía despachar á la gente, con prontitud y franqueza.

—¡*Ché!*—dijo desde la puerta—*¿Tú eres cristiá?*

Sangonera hizo un gesto de asombro. ¿Que si era cristiano? Y como escandalizado por la pregunta, miró al techo de su barraca, acariciando con arrobamiento y esperanza el pedazo de cielo azul que se veía por los desgarrones de la cubierta.

¡Bueno, pues, entre hombres fuera mentiras!, continuó el vicario. Debía confesarse porque iba á morir... Ni más ni menos. Aquel cura de escopeta no usaba rodeos con sus feligreses.

Por los ojos del vagabundo pasó una expresión de terror. Su existencia, llena de miserias, se le apareció con todo el encanto de la libertad sin límites. Vió el lago con sus aguas resplandecientes; la Dehesa, rumorosa, con sus espesuras perfumadas, llena de flores silvestres, y hasta el mostrador de *Cañamel*, ante el cual soñaba, contemplando la vida de color de rosa al través de los vasos... ¡Y todo aquello iba á abandonarlo!... De sus ojos vidriosos comenzaron á rodar lágrimas. No había remedio: le llegaba la hora de morir. Contemplaría en otro mundo mejor la sonrisa celestial, de inmensa misericordia, que una noche le acarició junto al lago.

Y con repentina tranquilidad, entre náuseas y crispamientos, confesó en voz baja al sacerdote

Cambiaron una mirada profunda de inteligencia, como miserables que se sienten unidos con nueva fuerza por la complicidad.

Después de larga pausa, ella se atrevió á preguntarle. Quería saber cómo había cumplido su encargo. Y él contestó, con la cabeza inclinada y los ojos bajos, cual si todo el pueblo le contemplase... Sí: lo había dejado en lugar seguro. Nadie podría descubrirlo.

Tras estas palabras, cambiadas con rapidez, los dos quedaron silenciosos, pensativos: ella tras el mostrador, él sentado en la puerta, de espaldas á Neleta, evitando verla. Parecían anonadados, como si gravitase sobre ellos un peso inmenso. Temían hablarse, pues el eco de su voz parecía avivar los recuerdos de la noche anterior.

Habían salido de la situación difícil: ya no corrían ningún peligro. La animosa Neleta se asombraba de la facilidad con que todo se había resuelto. Débil y enferma, encontraba ánimos para permanecer en su sitio; nadie podía sospechar lo ocurrido durante la noche, y sin embargo, los amantes se sentían súbitamente alejados. Algo se había roto para siempre entre los dos. El vacío que dejaba al desaparecer aquel pequeñuelo apenas visto, se agrandaba inmensamente, aislando á los dos miserables. Pensaban que en adelante no tendrían más aproximación que la mirada que cruzasen recordando su antiguo crimen. Y en Tonet aún era más grande la inquietud, al recordar que ella desconocía la verdadera suerte del pequeño.

Al llegar la noche se llenó la taberna de barqueros y cazadores que volvían á sus tierras de la Ribera, mostrando los manojos de pájaros muertos, ensartados por el pico. ¡Gran tirada! Todos bebían comentando la suerte de determinados cazadores y la brutal hazaña de *Sangonera*. Tonet iba de grupo en grupo, con el deseo de distraerse, discutiendo y bebiendo en todos los corrillos. Su propósito de olvidar por medio de la embriaguez, le hacía beber y beber con forzada alegría, y los amigos celebraban el buen humor del *Cubano*. Nunca le habían visto tan alegre.

El tío Paloma entró en la taberna y sus ojillos escudriñadores se fijaron en Neleta.

—*¡Reina!... ¡Qué blanca! ¿Es que estás mala?...*

Neleta habló vagamente de una jaqueca que no le había dejado dormir, mientras el viejo guiñaba sus ojos maliciosamente, uniendo la mala noche á la fuga inexplicable de su nieto. Después se encaró con éste. Le había puesto en ridículo ante aquel señor de Valencia. Su conducta no era digna de un barquero de la Albufera. Con menos motivo había dado de bofetadas á más de uno en sus buenos tiempos. Sólo á un perdido como él podía ocurrírsele convertir en barquero á *Sangonera*, que había reventado de hartura apenas lo dejaron solo.

Tonet se excusó. Tiempo le quedaba de servir á aquel señor. Dentro de dos semanas sería la fiesta de Santa Catalina, y Tonet se prestaba á ser su barquero. El tío Paloma, aplacando su cólera ante las explicaciones del nieto, dijo que ya había invitado á don Joaquín á una cacería en los carrizales del Palmar. Vendría á la semana si-

guiente y él y Tonet serían sus barqueros. Había que contentar á la gente de Valencia para que la Albufera tuviera siempre nuevos aficionados. Si no ¿qué sería de la gente del lago?

Aquella noche se emborrachó Tonet, y en vez de subir á la habitación de Neleta se quedó roncando junto al hogar. Ninguno de los dos se buscó; parecían huir uno del otro, encontrando cierto alivio en su aislamiento. Temblaban de verse juntos en la habitación. Temían que resucitase el recuerdo de aquel sér que había pasado entre los dos como el lamento de una vida inmediatamente sofocada.

Al día siguiente Tonet volvió á embriagarse. No quería verse á solas con su razón: necesitaba embrutecerla con el alcohol para conservarla muda y dormida.

Llegaban á la taberna nuevas noticias sobre el estado de *Sangonera*. Se moría, sin remedio. Los hombres habían vuelto á sus faenas y las mujeres que entraban en la barraca del vagabundo reconocían la impotencia de sus remedios. Las más viejas explicaban la enfermedad á su modo. Se le había podrido el tapon de alimentos que cerraba la boca de su estómago. No había más que ver cómo se le hinchaba el vientre.

Llegó el médico de Sollana en una de sus visitas semanales y lo llevaron á la barraca de *Sangonera*. El jornalero de la ciencia movió la cabeza negativamente. Nada quedaba que hacer. Era una apendicitis mortal: la consecuencia de un abuso extraordinario que llenaba de asombro al médico. Y por el pueblo repetían lo de la apendicitis, recreándose las mujeres en pronunciar una palabra tan extraña para ellas.

El vicario don Miguel creyó llegado el momento de entrar en la barraca de aquel renegado. Nadie como él sabía despachar á la gente, con prontitud y franqueza.

—*¡Ché!*—dijo desde la puerta—*¿Tú eres cristiá?*

Sangonera hizo un gesto de asombro. ¿Que si era cristiano? Y como escandalizado por la pregunta, miró al techo de su barraca, acariciando con arrobamiento y esperanza el pedazo de cielo azul que se veía por los desgarrones de la cubierta.

¡Bueno, pues, entre hombres fuera mentiras!, continuó el vicario. Debía confesarse porque iba á morir... Ni más ni menos. Aquel cura de escopeta no usaba rodeos con sus feligreses.

Por los ojos del vagabundo pasó una expresión de terror. Su existencia, llena de miserias, se le apareció con todo el encanto de la libertad sin límites. Vió el lago con sus aguas resplandecientes; la Dehesa, rumorosa, con sus espesuras perfumadas, llena de flores silvestres, y hasta el mostrador de *Cañamel*, ante el cual soñaba, contemplando la vida de color de rosa al través de los vasos... ¡Y todo aquello iba á abandonarlo!... De sus ojos vidriosos comenzaron á rodar lágrimas. No había remedio: le llegaba la hora de morir. Contemplaría en otro mundo mejor la sonrisa celestial, de inmensa misericordia, que una noche le acarició junto al lago.

Y con repentina tranquilidad, entre náuseas y crispamientos, confesó en voz baja al sacerdote

sus raterías contra los pescadores, tan innumerables, que no podía recordarlas más que en masa. Junto con sus pecados revelaba sus esperanzas: su fe en el Cristo que vendría nuevamente á salvar á los pobres, su encuentro misterioso de cierta noche en la orilla del lago. Pero el vicario le interrumpía con rudeza:

—*Sangonera, menos romansos. ¡Tú delires!... La veritad... digues la veritad.*

La verdad ya la había dicho. Todos sus pecados consistían en huir del trabajo por creer que era contrario á los mandatos del Señor. Una vez se había resignado á ser como los demás; á prestar sus brazos á los hombres, poniéndose en contacto con la riqueza y sus comodidades, y ¡ay! pagaba esta inconsecuencia con la vida.

Todas las mujeres del Palmar se mostraron enternecidas por el final del vagabundo. Había vivido como un hereje después de su fuga de la iglesia, pero moría como un cristiano. Su enfermedad no le permitía recibir al Señor, y el vicario le administró el último sacramento, manchándose la sotana con sus vómitos.

Sólo entraban en la barraca algunas viejas animosas que se dedicaban por abnegación á amortajar á todos los que morían en el pueblo. En la choza era insoportable el hedor. La gente hablaba con misterio y asombro de la agonía de *Sangonera*. Desde el día anterior no eran alimentos lo que arrojaba su boca. Era algo peor; y las vecinas apretándose las narices, se lo imaginaban tendido en la paja, rodeado de inmundicias.

Murió al tercer día de enfermedad, con el vientre hinchado, la cara crispada, las manos contraídas por el sufrimiento y la boca dilatada de oreja á oreja por las últimas convulsiones.

Las mujeres más ricas del Palmar que frecuentaban el presbiterio, sentían tierna conmiseración por aquel infeliz que se había reconciliado con el Señor después de una vida de perro. Quisieron que emprendiese dignamente el último viaje, y marcharon á Valencia para los preparativos del entierro, gastando una cantidad que jamás había visto *Sangonera* en vida.

Lo vistieron con un hábito religioso, dentro de un ataúd blanco con galones de plata, y el vecindario desfiló ante el cadáver del vagabundo.

Sus antiguos compañeros se frotaban los ojos enrojecidos por el alcohol, conteniendo la risa que les causaba ver á su amigote tan limpio, en una caja de soltera y vestido de fraile. Hasta su muerte parecía cosa de broma. ¡Adiós, *Sangonera!*... ¡Ya no se vaciarían los *mornells* antes de la llegada de sus dueños; ya no se adornaría con las flores de los ribazos como un pagano ebrio! Había vivido libre y feliz, sin las fatigas del trabajo y hasta en el trance de la muerte sabía marchar al otro mundo, con aparato de rico, á costa de los demás.

A media noche metieron el féretro en el *carro de las anguilas*, entre los cestones de la pesca, y el sacristán del Palmar con otros tres amigos condujo el cadáver al cementerio, deteniéndose en todas las tabernas del camino.

Tonet no se dió exacta cuenta de la muerte de su compañero. Vivía entre tinieblas, siempre be-

biendo, y la embriaguez causaba en él un mutismo profundo. El miedo contenía su verbosidad, temiendo hablar demasiado.

—*¡Sangonera ha mort! ¡El teu compañero!*—le decían en la taberna.

El contestaba con gruñidos, bebiendo y dormitando, mientras los parroquianos atribuían su silencio á la pena por la muerte del camarada.

Neleta, blanca y triste, como si á todas horas pasase y repasase un fantasma ante sus ojos, pretendía evitar que su amante bebiera.

—*Tonet, no begues*—decía con dulzura.

Y se asustaba ante el gesto de rebelión, de sorda cólera con que la contestaba el borracho. Adivinaba que su imperio sobre aquella voluntad se había desvanecido. Algunas veces veía brillar en sus ojos un odio naciente, una animosidad de esclavo resuelto á chocar con el antiguo opresor aniquilándolo.

No prestaba atención á Neleta y llenaba su vaso en todos los toneles de la casa. Cuando le sorprendía el sueño tendíase en cualquier rincón y allí permanecía como muerto, mientras la *Centella*, con el dulce instinto de los perros, acariciaba su rostro y sus manos.

Tonet no quería que despertase su pensamiento. Tan pronto como la embriaguez comenzaba á desvanecerse, sentía una inquietud penosa. Las sombras de los que entraban en la taberna, al proyectarse en el suelo, le hacían levantar la cabeza con alarma, como si temiese la aparición de alguien que turbaba sus sueños con el escalofrío del terror. Necesitaba reanudar la embriaguez,

no salir de su estado de embrutecimiento que le amodorraba el alma embotando sus sensaciones.

Al través de los velos con que la embriaguez envolvía su pensamiento, todo le parecía lejano, difuso, borroso. Creía que iban transcurridos muchos años desde aquella noche pasada en el lago; la última de su existencia de hombre, la primera de una vida de sombras, que atravesaba á tientas, con el cerebro obscurecido por el alcohol. El recuerdo de aquella noche le hacía temblar apenas se sentía libre de la embriaguez. Solamente borracho podía tolerar este recuerdo, viéndolo indeciso, como una de esas vergüenzas lejanas cuya evocación duele menos, perdida en las brumas del pasado.

Su abuelo vino á sorprenderle en este embrutecimiento. El tío Paloma aguardaba al día siguiente la llegada de don Joaquín para una cacería en los carrizales. ¿Quería cumplir el nieto su palabra? Neleta le instó á que aceptase. Estaba enfermo, le convenía distraerse, llevaba más de una semana sin salir de la taberna. El *Cubano* se sintió atraído por la promesa de un día de agitación. Su entusiasmo de cazador volvió á renacer. ¿Iba á vivir siempre lejos del lago?

Pasó el día cargando cartuchos, limpiando la magnífica escopeta del difunto *Cañamel*, y ocupado en esto bebió menos. La *Centella* saltaba en torno de él, ladrando de alegría al ver los preparativos.

A la mañana siguiente se presentó el tío Paloma, trayendo en el barquito á don Joaquín con todos sus arreos vistosos de cazador.

El viejo estaba impaciente y daba prisa á su nieto. Sólo quería detenerse el tiempo preciso para que el señor tomase un bocado, y en seguida á los carrizales. Había que aprovechar la mañana.

Al poco rato partieron: Tonet delante, llevando la *Centella* en su barquito como un mascarón de proa y á continuación la barca del tío Paloma, donde don Joaquín examinaba con asombro la escopeta del viejo, aquella arma famosa llena de remiendos, de la que tantas proezas se contaban en el lago.

Los dos barquitos salieron á la Albufera. Tonet, viendo que su abuelo perchaba hacia la izquierda, quiso saber dónde iban. El viejo se asombró de la pregunta. Iban al *Bolodró*, la *mata* más grande de las inmediatas al pueblo. Allí abundaban más que en otros puntos los gallos de cañar y las pollas de agua. Tonet quería ir lejos; á las *matas* del centro del lago. Y entre los dos barqueros comenzó una empeñada discusión. Pero el viejo acabó por imponerse y Tonet tuvo que seguirle de mala voluntad, moviendo sus hombros como resignado.

Los dos barquitos entraron en un callejón de agua entre los altos carrizos. La anea crecía á manojos entre los *senills;* las cañas se confundían con los juncos, y las plantas trepadoras con sus campanillas blancas y azules, se enredaban en esta selva acuática formando guirnaldas. La confusa maraña de raíces daba una apariencia de solidez á los macizos de cañas. En el callejón, el agua mostraba en su fondo extrañas vegetaciones que subían hasta la superficie, no sabiéndose en

ciertos momentos si navegaban los barquitos ó se arrastraban sobre campos verdosos cubiertos por un débil cristal.

El silencio de la mañana era profundo en este rincón de la Albufera, que aún parecía más salvaje á la luz del sol: de vez en cuando un chillido de pájaro en la espesura; un ruido de burbujas en el agua, delatando la presencia de bichos ocultos entre las viscosidades del fondo.

Don Joaquín preparaba la escopeta, esperando que pasasen los pájaros de un lado á otro del espeso carrizal.

—*Tonet; dona una volta*—ordenó el viejo.

Y el *Cubano* salió con su barquito á toda percha para rodar en torno de la *mata*, sacudiendo las cañas á fin de que, asustados los pájaros, se trasladasen de una punta á otra del carrizal.

Tardó más de diez minutos en dar la vuelta al cañar. Cuando volvió al lado de su abuelo ya disparaba don Joaquín contra los pájaros que, inquietos y asustados, cambiaban de guarida, pasando por el espacio descubierto.

Asomábanse las pollas á aquel callejón desprovisto de cañas, que dejaba su paso al descubierto. Dudaban un momento en arriesgarse, pero por fin, unas volando y las otras á nado pasaban la vía de agua y en el mismo momento alcanzábalas el disparo del cazador.

En este espacio angosto el tiro era seguro, y don Joaquín gozaba las satisfacciones de un gran tirador, viendo la facilidad con que abatía las piezas. La *Centella* se arrojaba del barquito, alcanzaba á nado los pájaros, todavía vivos, y los

traía con expresión triunfante hasta las manos del cazador. La escopeta del tio Paloma no estaba inactiva. El viejo tenía empeño en halagar al parroquiano, adulándole á tiros, como era su costumbre. Cuando veía un pájaro próximo á escapar, disparaba, haciendo creer al burgués que era él quien lo había derribado.

Pasó á nado una hermosa zarceta, y por pronto que tiraron don Joaquín y el tío Paloma, desapareció en el carrizal.

—*¡Va ferida!*—gritó el viejo barquero.

El cazador mostrábase contrariado. ¡Qué lástima! Moriría entre las cañas, sin que pudiesen recogerla...

—*¡Búscala, Sentella!... ¡Búscala!*—gritó Tonet á su perra.

Centella se arrojó de la barca, lanzándose en el carrizal, con gran estrépito de las cañas que se abrían á su peso.

Tonet sonreía seguro del éxito: la perra traería el pájaro. Pero el abuelo mostraba cierta incredulidad. Aquellas aves las herían en una punta de la Albufera, y como ganasen el cañar, iban á morir al extremo opuesto. Además, la perra era una antigualla como él. En otros tiempos, cuando la compró *Cañamel*, valía cualquier cosa, pero ahora no había que confiar en su olfato. Tonet, despreciando las opiniones de su abuelo, se limitaba á repetir:

—*¡Ya vorá vosté!... ¡Ya vorá vosté!*

Se oía el chapoteo de la perra en el fango del carrizal, tan pronto inmediato como lejano, y los hombres seguían en el silencio de la mañana sus

interminables evoluciones, guiándose por el chasquido de las cañas y el rumor de la maleza rompiéndose ante el empuje de la vigorosa bestia. Después de algunos minutos de espera, la vieron salir del carrizal con aspecto desalentado y los ojos tristes, sin llevar nada en la boca.

El viejo barquero sonreía triunfante. ¿Qué decía él?... Pero Tonet, creyéndose en ridículo, apostrofaba á la perra, amenazándola con el puño para que no se aproximara á la barca.

—*¡Búscala!... ¡Búscala!*—volvió á ordenar con imperio al pobre animal.

Y otra vez se metió entre los carrizos, moviendo la cola con expresión de desconfianza.

Ella encontraría el pájaro. Lo afirmaba Tonet que la había hecho realizar trabajos más difíciles. De nuevo sonó el chapoteo del animal en la selva acuática. Iba de una parte á otra con indecisión, cambiando á cada momento de pista, sin confianza en sus desordenadas carreras, sin osar mostrarse vencida, pues tan pronto como tornaba hacia las barcas, asomando su cabeza entre las cañas, veía el puño del amo y oía el *¡búscala!* que equivalía á una amenaza.

Varias veces volvió á husmear la pista y al fin se alejó tanto en sus invisibles carreras, que los cazadores dejaron de oir el ruido de sus patas.

Un ladrido lejano, repetido varias veces, hizo sonreir á Tonet. ¿Qué tal? Su vieja compañera podría tardar, pero nada se le escapaba.

La perra seguía ladrando lejos, muy lejos, con expresión desesperada, pero sin aproximarse. El *Cubano* silbó.

—¡*Aquí, Sentella, aquí!*

Comenzó á oirse su chapoteo cada vez más próximo. Se acercaba tronchando cañas, abatiendo hierbas, con gran estrépito de agua removida. Por fin apareció con un objeto en la boca, nadando penosamente.

—¡*Aquí, Sentella, aquí!*—seguía gritando Tonet.

Pasó junto á la barca del abuelo y el cazador se llevó la mano á los ojos, como si le hiriese un relámpago.

—¡*Mare de Deu!*—gimió aterrado, mientras la escopeta se le iba de las manos.

Tonet se irguió, con la mirada loca, estremecido de pies á cabeza, como si el aire faltase de pronto en sus pulmones. Vió junto á la borda de su barca un lío de trapos y en él algo lívido y gelatinoso erizado de sanguijuelas: una cabecita hinchada, deforme, negruzca, con las cuencas vacías y colgando de una de ellas el globo de un ojo: todo tan repugnante, tan hediondo, que parecía entenebrecer repentinamente el agua y el espacio, haciendo que en pleno sol cayese la noche sobre el lago.

Levantó la percha con ambas manos y fué tan tremendo el golpe, que el cráneo de la perra crujió como si se rompiese, y el pobre animal, dando un aullido, se hundió con su presa en las aguas arremolinadas.

Después miró con ojos extraviados á su abuelo que no adivinaba lo ocurrido, al pobre don Joaquín que parecía anonadado por el terror; y perchando instintivamente, salió disparado cual una

flecha por la vía de agua, como si se incorporase el fantasma del remordimiento adormecido durante una semana y corriera tras él, rasgándole la espalda con sus uñas implacables.